

li. Se observan también otros esfuerzos, encaminados á libertar á los funcionarios de las cortapisas que les ponen las libertades populares; por ejemplo, el deseo, manifestado en la Cámara de los Lores, de que las ejecuciones de los reos se verifiquen en las cárceles bajo la inspección exclusiva de la autoridad, y sin otra clase de testigos; otro ejemplo es la indicación hecha por el subsecretario del Interior, el 11 de Mayo de 1878, al Consejo de la ciudad de Derby, de que no tenía que intervenir cerca del primer *constable* (un militar) en la dirección de la fuerza colocada bajo las órdenes de este funcionario, indicación que es un paso hacia la centralización de la policía local en manos del Ministro del Interior. Al propio tiempo vemos realizarse ó proyectarse otras reformas encaminadas á extender las atribuciones de los poderes públicos, para reemplazar ó restringir la acción privada; por ejemplo, «la dotación de las investigaciones» que se costeaba en parte con fondos del Estado y que se quiere aumentar; el proyecto de ley de matriculación de los profesores autorizados; el *bill* que establece una inspección general de las bibliotecas públicas locales; el proyecto de seguro obligatorio, en que se ve de una manera harto instructiva cuánto terreno va ganando la política reguladora. La caridad obligatoria ha engendrado la imprevisión y se propone, como remedio de ésta, el seguro forzoso. Los efectos de esta tendencia hacia las instituciones del tipo militar se manifiestan en el aumento de peticiones de ciertas formas de protección y en las lamentaciones que exhalan los periódicos de la alta sociedad con motivo del desuso en que ha caído el duelo. En el mismo partido, que por su posición y su misión es hostil al militarismo, vemos que la disciplina militar gana terreno; en efecto, el sistema de

los *caucus*, establecido para dar una organización mejor al liberalismo, tiene por efecto inevitable el centralizar más ó menos la autoridad y dirigir los actos del individuo.

No solamente vemos que los rasgos presentados *à priori* como característicos del tipo militar existen constantemente en las sociedades que son de una manera permanente muy militares, sino que, en otras que no se hallan en este caso, el incremento de la actividad militar trae consigo el desarrollo de estos rasgos.

§ 560. He afirmado unas veces y otras he admitido implícitamente la existencia de una relación necesaria entre la estructura de una sociedad y la índole de sus miembros. Conviene examinar detalladamente los caracteres propios de los miembros de una sociedad militar típica y las inclinaciones que manifiestan habitualmente.

Una sociedad tiene probabilidades de ser tanto más afortunada en la guerra cuanto mayores sean la fuerza corporal y el valor de que estén dotados sus miembros. Entre las sociedades que luchan unas con otras, sobrevivirá y se engrandecerá aquella en que las facultades físicas y mentales requeridas para los combates, no sólo sean mayores, sino se hallen en mayor estima. Las esculturas y las inscripciones de Asiria y de Egipto presentan pruebas de que en estos países se consideraba al valor como la virtud por excelencia y la más digna de ser conmemorada. Grote observa que las palabras *bueno, justo, etc.*, «querían decir (para los antiguos griegos) el hombre bien nacido, rico, influyente, audaz, cuyo brazo es poderoso para destruir y para proteger, cualesquiera que sean sus sentimientos morales, mientras que el calificativo opuesto, *malo*, designa al hombre pobre, de baja estirpe y débil,

cuyas inclinaciones, aun en el caso de que siempre fueran virtuosas, no podían ser para la sociedad objeto de esperanza ni de temor» (1). La sinonimia de las palabras *virtud* y *valor* entre los romanos nos sugiere la misma idea. Durante las tormentosas épocas de los comienzos de la historia de Europa, el carácter caballeresco, que era el que se juzgaba honroso, suponía como primer elemento la intrepidez; faltando esta circunstancia no se estimaba ninguna otra buena cualidad, y, en cambio, aquélla hacía perdonar defectos de muchas clases.

Si algunos de los grupos antagonistas de los hombres primitivos toleraron más que otros la muerte de sus miembros; si unos aplicaban la ley del talión y otros se abstendían de hacerlo, los que no tomaban represalias, atacados de continuo impunemente, tuvieron forzosamente que desaparecer ó refugiarse en territorios poco apetecibles. De ahí la supervivencia de las razas vengativas. Además, la ley del talión, que se aplica primitivamente entre grupos antagonistas, se extiende luego al interior del grupo. Las guerras continuas entre las familias y los clanes que las componen, proceden en todas partes de la regla general del talión: vida por vida.

Bajo el régimen militar la venganza se convierte en una virtud, y es vergonzoso abandonarla. Entre los fidjianos, que inculcan á sus hijos la ira, no es raro que un hombre prefiera suicidarse á vivir bajo el peso de una afrenta. A veces, el fidjiano lega á sus hijos al morir la obligación de vengarle. En el extremo Oriente se observa lo mismo entre los japoneses. Se les enseña que «un hombre no puede vivir bajo el mismo

(1) Grote, *Historia de Grecia*.

cielo que el matador de su padre; que un hombre no debe necesitar nunca ir á su casa para buscar un arma con que herir al matador de su padre; que un hombre no puede vivir en el mismo país que el matador de su amigo» (1). Francia nos ofrece también ejemplos de estas costumbres, seguidas en la Europa occidental durante los tiempos feudales. Exigía la costumbre, que los parientes de un hombre asesinado ó herido ejerciesen represalias sobre cualquier deudo del agresor, hasta sobre aquellos que vivían en un lugar lejano, é ignoraban el hecho origen de la venganza. Hasta la época de Brantôme dominó este espíritu en términos que un eclesiástico, al imponer en su testamento á sus sobrinos el deber de vengarle de ciertas injurias que había recibido en su ancianidad, les dirige estas palabras: «Puedo alabarme, y por ello doy gracias á Dios, de no haber recibido jamás una ofensa sin tomar venganza de ella en su autor (2).» Donde quiera que el militarismo es activo, la venganza privada, como la venganza pública, se convierte en un deber. Se ve esto actualmente entre los montenegrinos, pueblo que desde hace siglos está en guerra con los turcos. «En Montenegro, dice Boué, cuando un hombre de una *natria* (clan) ha dado muerte á un miembro de otra, se dice: esta natria nos debe una cabeza y es preciso que pague la deuda, pues el agravio que no ha sido vengado no termina (3).»

Si la actividad empleada en la destrucción de los enemigos data de hace mucho tiempo, esta destrucción llega á ser una fuente de placer. Cuando el triunfo que se alcanza destruyendo á los semejantes sobrepuja á

(1) Mitford, *Tales of old Japan*, I, 32.

(2) *Cornhill Magazine*, XXVII, 1873, 72.

(3) Boué, *La Turquie en Europe*, II, 86.

todos los honores, se engendra una nueva causa de satisfacción en el ejercicio en gran escala del arte de matar. El orgullo con que se miran los despojos del vencido inspira desprecio hacia los derechos de propiedad en general. Como no es creíble que un hombre sea valeroso ante los enemigos y cobarde ante los amigos, no puede admitirse que los sentimientos fomentados por los perpetuos conflictos exteriores no se dejen sentir en lo interior. Hemos visto que al afán de tomar venganza de los agravios hechos á la sociedad acompaña una tendencia análoga dentro de ella. Los demás hábitos de pensamiento y de acción que requieren las continuas guerras tienen que manifestar sus efectos en la vida social de cada grupo. Hechos sacados de la historia de diferentes países en distintas épocas, prueban que, en las sociedades militares, se respetan poco los derechos á la vida, á la libertad y á la propiedad. Los naturales de Dahomey, belicosos hasta el punto de que ambos sexos llevan las armas y entre los cuales, si no al presente, no hace mucho tiempo, se emprendían anualmente expediciones encaminadas á cazar esclavos, á fin de «llenar el tesoro real» (1), demuestran sus aficiones sanguinarias en las fiestas que celebran todos los años, en las cuales se degüella á innumerables víctimas para regocijo del pueblo. Los fidjianos, cuyas ocupaciones y cuya forma de organización son enteramente militares y que muestran su desprecio de la vida humana, no sólo matando á personas de su sangre para celebrar sus festines de canibales, sino también sacrificando víctimas con cualquier motivo, como, por ejemplo, la botadura de una canoa, consideran honrosa la ferocidad, hasta el punto de va-

(1) Forbes, *Dahomey and the Dahomans*, I, 20.

nagloriarse de haber cometido un homicidio. Las antiguas historias de los asiáticos y de los europeos atestiguan la existencia de inclinaciones análogas. Lo que se cuenta de los mogoles primitivos, que exterminaban á los pueblos occidentales en masa, prueba que aquéllos estaban formados por un régimen de violencia crónica, tanto en lo interior de sus tribus como en las relaciones exteriores. El hábito del asesinato entre parientes, que desde un principio ha caracterizado á los belicosos turcos, subsiste todavía. Hallamos la prueba de que pasaba algo semejante entre latinos y griegos en el exterminio de dos mil ilotas por los espartanos, pueblo de costumbres brutales, y en la muerte de gran número de ciudadanos sospechosos, ordenada por algunos emperadores romanos, que, como sus súbditos, se complacían en ver correr la sangre en el circo.

Cuando la vida no es respetada, se respeta menos todavía la libertad; los que no vacilan en poner fin á la actividad de otro, dándole muerte, vacilarán menos aún en restringirla, reduciéndole á la esclavitud. Los salvajes belicosos, que hacen esclavos á sus prisioneros, cuando no se los comen, manifiestan habitualmente este desprecio de la libertad de sus semejantes, que caracteriza á los miembros de las sociedades militares, en general. Hay un hecho que acredita cuán poco se rebelaba el sentimiento, bajo el régimen militar más ó menos marcado de las primeras sociedades históricas, contra la costumbre de privar á un hombre de la libertad, y es que las mismas enseñanzas del cristianismo primitivo no contienen condenación expresa alguna de la esclavitud.

Naturalmente sucede lo mismo con el derecho de propiedad. Cuando es honroso imponer la dominación

por medio de la fuerza, hay pocas probabilidades de que el fuerte respete la propiedad del débil. En las islas Fidji se considera acto digno de un jefe el apoderarse de los bienes de alguno de sus vasallos, y el robo se reputa honroso cuando no es descubierto. Entre los espartanos, «el ratero ingenioso y afortunado se hacía aplaudir mostrando su presa» (1). En la Europa de la Edad Media, el pillaje habitual entre las sociedades iba acompañado de interminables rapiñas en el interior de cada una. En la época de los Merovingios, «casi todos los asesinatos y demás crímenes narrados en la *Historia eclesiástica*, tenían por causa el deseo de apoderarse de los tesoros de las víctimas» (2). En tiempo de Carlomagno, los oficiales de la corona no cesaban de saquear; en cuanto el emperador volvía la espalda, «sus prebostes se apoderaban de los fondos destinados á costear la alimentación y el vestido de los artesanos» (3).

Cuando la guerra es constante y las cualidades que exige son las más necesarias, y, por consiguiente, las más estimadas, aquellos cuyas ocupaciones no requieren estas cualidades son tratados con menosprecio y sus profesiones se reputan poco honrosas. En los tiempos primitivos, el trabajo es ocupación de mujeres y de esclavos, de vencidos y de descendientes de vencidos; los oficios, de cualquier género que sean, practicados por los súbditos, conservan por mucho tiempo el estigma de la bajeza de su origen y de su condición. En el Dahomey «se desprecia á la agricultura porque están empleados en ella los esclavos» (4). «En el Ja-

(1) Thishwall's, *History of Greece*, Lardner's *Cyclopædia*, I, 329.

(2) Ampere, *Histoire littéraire de la France avant le XII siècle*, II, 305.

(3) H. Martín, *Histoire de France*, II, 448.

(4) Burton, *Abecokuta*, etc., II, 248.

pón, los nobles y los funcionarios, hasta los de categoría secundaria, sienten hacia el comercio un soberano desprecio» (1). Según Wilkinson, entre los antiguos egipcios «los prejuicios del soldado contra el trabajo manual eran tan fuertes como en Esparta» (2). Rawlinson dice que «los antiguos persas tenían costumbre de manifestar el mayor desprecio á los oficios y al comercio» (3). El progreso de la diferenciación de clases, que fué una de las consecuencias de las conquistas romanas, acentuóse desde que se estableció la regla de considerar vergonzoso el recibir dinero por el trabajo, así como por efecto de la ley que prohibía á los senadores y á sus hijos dedicarse á los negocios. No es necesario presentar pruebas del profundo desdén de la clase militar hacia las clases industriales, que en toda Europa se ha observado, hasta época muy cercana.

Para sacrificar voluntariamente la vida en beneficio de la sociedad, se necesita una gran dosis del sentimiento que se llama patriotismo. Verdad es que no es cosa indispensable que se estime glorioso el dar la vida por la patria, puesto que los mercenarios se baten sin necesidad de esto; pero es evidente que tal creencia contribuye al buen éxito de la guerra, y que su falta es tan desfavorable para la acción ofensiva y defensiva que, en condiciones iguales, lo probable es que sea una causa de derrota y de servidumbre. De donde se infiere que el sentimiento del patriotismo se arraiga de ordinario por la supervivencia de las sociedades cuyos miembros lo poseen en mayor grado.

(1) *Manners and Customs of Japan*, 34.

(2) Wilkinson, *Manners and Customs of the Ancient Egyptians*, I, 139.

(3) Rawlinson, *Five Ancient Monarchies*, IV, 202.

A estos caracteres hay que agregar el sentimiento de la obediencia. La posibilidad de la acción común, que da el triunfo en la guerra, depende de la prontitud con que los individuos subordinan su voluntad á la del soberano. En las primeras edades de la historia rara vez aparece este sentimiento. Los araucanos, por ejemplo, «muestran, de ordinario, repugnancia á toda subordinación, pero al primer barrunto de guerra están prontos á obedecer y á someterse á la autoridad de su jefe militar» (1), elegido para el caso. A medida que el tipo militar se desarrolla, aquel sentimiento se hace permanente. Los fidjianos, dice Erskine, tienen una fidelidad absoluta; los hombres á quienes se entierra vivos entre los cimientos de la casa del rey, se consideran muy honrados por haber sido elegidos para el sacrificio, y los habitantes de un distrito subyugado, «dicen que su obligación es servir de alimento y de víctimas á sus jefes» (2). En Dahomey, el monarca inspira un sentimiento «mezcla de amor y de temor, algo así como adoración» (3). En el antiguo Egipto, donde la obediencia ciega era como el aceite que facilitaba la marcha de todas las ruedas de la máquina social, los monumentos nos ofrecen en todas partes la repetición enojosa de los actos diarios de subordinación, de los esclavos y de otras personas al personaje muerto, de los cautivos al rey, del rey á los dioses (4). Aunque, por las razones que ya he indicado, la guerra crónica no estableció en Esparta el gobierno de una sola persona, á quien se pudiera prestar obediencia exclusiva, no por esto dejaba de ser pro-

(1) G. A. Thompson, *Alcedo's geogr. and historical dictionary*, I, 406.

(2) Erskine, *Journal of a Cruise*, etc., 464.

(3) Dalzel, *History of Dahomey*, 69.

(4) Brugsch, *History of Egypt*, I, 53.

funda la obediencia á la autoridad política, tal como la historia la había formado; la voluntad del individuo se subordinaba en todo á la voluntad pública, expresada por las autoridades establecidas. En la primitiva Roma, á falta de un monarca de genealogía divina á quien poder mostrar sumisión, se obedecía al rey electivo, sin poner otra reserva que la manifestación de la opinión pública en circunstancias especiales. El principio de la obediencia absoluta, ligeramente endulzado en las relaciones de la comunidad, considerada en conjunto, con el gobierno, era absoluto en los grupos que componían el pueblo romano. En toda la historia de Europa, vemos reinar, en grande ó en pequeña escala, el sentimiento de fidelidad al jefe, donde quiera que se acentúa el tipo militar. No se necesita entrar en detalles para comprobar este hecho.

Dejemos estos caracteres culminantes, para pasar á otros, que son consecuencia de ellos, pero menos salientes y de resultados menos notorios. A la lealtad acompaña, naturalmente, la fe, pues estos dos sentimientos son casi inseparables. La prontitud en obedecer al general durante la guerra, supone la creencia en su capacidad militar; la prontitud en obedecerle en tiempo de paz, supone la creencia de que su capacidad se extiende también á los asuntos civiles. Cada victoria del jefe, influyendo sobre la imaginación de sus súbditos, aumenta su poder. Las manifestaciones de su acción reguladora sobre la vida de sus vasallos se hacen más frecuentes y más categóricas y hacen creer que su poder es ilimitado. Esta idea contribuye al desarrollo de una confianza absoluta en la autoridad gubernativa. Generaciones educadas bajo un régimen que gobierna todos los asuntos privados y públicos, admiten tácitamente que no se pueden resolver de